

TRES CENTENARIOS

Por GABRIEL HENAO MEJIA

Hace cien años, en tres distintos y distantes sitios de la topografía antioqueña, la modorra aldeana de la época soportó sin inquietudes la crónica menuda del nacimiento de Marco Fidel Suárez, Antonio José Restrepo y Francisco de Paula Rendón. Noticia intrascendente, por lo común y pequeña, en tres aldehuelas antioqueñas que no tenían otras aspiraciones, distintas a la de acomodarse al diario subsistir, alejadas de todo empeño progresista, huérfanas de ambiciones intelectuales, serenas y severas en el discurrir del tiempo. Ni inquietudes literarias, ni afanes económicos, ni siquiera empeños banderizos y políticos —en otros lugares de la geografía patria entonces emponzoñados y briosos— nada llegaba a turbar este islote de indolencia que era Antioquia por esos años. Ni Bello, ni Concordia, ni Santo Domingo sabían nada de la vida económico-social, política o letrada de otros lugares de Colombia. La selva aún estaba más cerca de aquellos minúsculos poblachos, que la revoltosa civilización que representaba Bogotá. Un libro era raro y clandestino patrimonio que a muy pocos tocaba. Las noticias llegaban con tanta tardanza que su inactualidad las hacía inocuas. El ambiente mezquino quebraba toda posible vocación y un rase-ro elemental marcaba fatalmente las nuevas promociones provincianas.

Inscritos los nombres de Suárez, Restrepo y Rendón en los libros parroquiales —harto menguados en burgos de tan escaso núcleo humano— nada más ocurrió merecedor de destacarse. Treinta años más y aquellos nombres aún eran tan anónimos en la geografía colombiana, como lo fueron en ese año de 1855, ya lejano y olvidado. Pero nuestros anodinos compatriotas, por diversos caminos, continuaban buscando —acaso sin mucho éxito— alguna razón para sobresalir, algún resquicio para prosperar. En complemento a estos prosaicos empeños, sin mucho amor ni afición, buscaban en los libros entretenimiento para sus afanes, disimulo para sus angustias, pretexto para ciertos ocios en la rutina diaria. Todos tres, con el correr del tiempo, habrían de dar a su faena intelectual —tenida antes como adjetiva— lugar preeminente en su vida. Al par que Antioquia cobraba sus inéditos ímpetus de progreso, ellos conformaban su espíritu y adiestraban su in-

teligencia y nutrían su sed de saber para los menesteres letrados, un tanto desacordes con sus prospectos iniciales, estos sí muy afines a los del común de este pueblo que ha hecho del trabajo más que un deber un imperativo y que no escasea fuerzas ni regatea medios para triunfar. Para triunfar sobre la arisca topografía de sus montañas y también sobre el ácido ambiente social de la república, que en veces no comprende cabalmente esta lucha sin pausas de un pueblo que busca su grandeza casi dolorosamente. De un pueblo que no sabe de la holganza, que economiza placeres y derrocha esfuerzos, que ignora comodidades y predica austeridad, que lucha y forcejea sin que a sus propósitos los corone nunca el regusto del deber cumplido totalmente. Curioso que de un pueblo que no sabe reposar, que no conoce esos deliciosos vericuetos del descanso intelectual, hayan surgido —como hitos desafiantes de la realidad ambiente— grandes escritores y notables poetas que no han podido borrarse del panorama regional entre la selva abrupta y cerrada que integran los hombres de empresa, los creadores de riqueza, todos los que han dado características y matices inconfundibles a este solar antioqueño. Una docena de nombres ilustres, que en el adocenado medio intelectual de hoy, no pueden ni deben olvidarse, no pueden ni deben desconocerse y que la historia cultural de Colombia ha recogido devotamente. Ellos son el mejor y mayor aporte de Antioquia para la patria. Mayor y mejor que la crepitante urdimbre de chimeneas que en la fabril capital de la montaña crean la estructura industrial del país; mayor y mejor que toda esa teoría de musculados varones que han llevado a sitios forasteros la bizzarria, el fervor creador de riqueza de esta raza nuestra; mayor y mejor que la faena conductora de muchos estadistas, de muchos financistas, de muchos capitanes de trabajo que han dado a la república derroteros ciertos en su economía, guías precisas en su ejercicio administrativo, normas rectoras en su vida pública.

En esta docena de insignes escritores figuran ya —en lugar privilegiado— esos tres nombres que hace cien años no lograron romper la modorra aldeana y que en los primeros treinta años de sus vidas no alcanzaron a sobresalir en actividad intelectual alguna.

× × ×

Celebraba la Academia Colombiana el centenario de don Andrés Bello. El vencedor en el concurso se presentó en la solemne reunión a recibir las palmas consagratorias. Un oscuro muchacho de provincia, pobremente ataviado, era el vencedor. Había complementado la gramática de Bello, la había hecho más accesible y lógica, más acorde con la ductilidad idiomática de América. Desde aquella fecha, Caro le dio el espaldarazo definitivo con su informe a la Academia, Marco Fidel Suárez quedó consagrado como maestro de nuestra literatura. Antes en Medellín y después en Bogotá, el estudio absorbió su vida. Los clásicos latinos y los prosistas castellanos, copaban los ratos que la necesidad de trabajar para vivir le dejaban libres. Y se fue adentrando por el intrincado laberinto de la filología, de la lingüística, de la semántica y la fonética. Había surgido el legítimo continuador de Caro y de Cuervo

sin la dureza estatuaría de aquellos, sin la unicidad clásica de estos dos aristócratas de la inteligencia, pero erudito, consagrado, severo como ellos. El Derecho Internacional también se llevó sus complacencias. Y ello lo condujo al Ministerio de Relaciones Exteriores. Las fronteras de la patria eran apenas ilusoria línea sobre los mapas y constante semillero de rencillas internacionales. Suárez se creó un propósito: liquidar todos los asuntos fronterizos. Y lo hizo con la templanza de un diplomático y con el fervor de un patriota. Y estructuró una doctrina que lleva su nombre: la armonía de los países bolivarianos, trasunto práctico y realista de aquella ambición del Libertador que murió con él en Santa Marta.

Señor de la catolicidad, Marco Fidel Suárez lo fue cabalmente. Si algo unifica y aglutina su obra, si algo es pertinaz y permanente en sus escritos, si algo alumbra indeficiente su conducta y su pensamiento, su vida y su obra, ello es su sentimiento religioso, su sentido ortodoxo de la filosofía, su fe inmarcesible, sus creencias ejemplares. No hay escrito suyo que no contenga una exhortación moral, una demostración religiosa, un pensamiento católico. Es la corriente subterránea que nutre su inteligencia, vivifica sus conceptos, liga sus temas, coordina sus raciocinios, florece caudalosa en todas sus ideas. Heraldo de Dios, como llamaron a Claudel, podría ser también —con títulos suficientes e idóneos— este cristiano insigne a quien El coronó de glorias y dolores en paradógica grandeza, desde la cuna sin la alegría de un padre, hasta el éxodo voluntario de la presidencia de la república. Heraldo de Dios, pero también su juglar más exquisito. Porque la Oración a Jesucristo, suma y fruto de muchos desvelos, durante años, es el monumento mejor a Su grandeza realizado en habla castellana. Ni el mármol, ni el bronce, ni ningún noble metal, podría superar en magnificencia, en verdad, en amor, a estas inmortales páginas labradas con la paciencia de un orfebre, con la seguridad de un escultor, con la destreza de un pintor, con la severa y exacta precisión de un teólogo.

La política —ese corrosivo que mella tan decisivamente las vocaciones intelectuales— lo atrajo muchas veces. Difícil, en un medio como el nuestro, sustraerse a tal llamado, o se corre el riesgo de sufrir el anonimato, así los valores culturales sean muchos y meritorios. Sirvió a su partido con devoción, casi con terquedad, digna de muchos éxitos para su prestigio, éxitos que al final no resultaron. La democracia le ofreció sus encomiendas y como tales ejerció cargos parlamentarios y la presidencia de la república. El más incómodo lugar para un hombre que sabía gobernar con tremenda pericia el habla castellana y conocía todos los meandros de la filosofía, pero que en su contacto con los hombres ignoraba el esguince, el trampolín, la travesura oportunista. Sin embargo, con un presupuesto exhausto, realizó obras importantes y sentó las bases definitivas para el arreglo de la cuestión de Panamá. Recorrió entonces muchas regiones del país y de estas correrías presidenciales dejó escritas páginas admirables, que si disuenan como documento oficial por sus características estrictamente literarias, pertenecen por otra parte a la antología de la buena prosa colombiana. Y comenzó su martirio. El premio supremo que la república da a sus prohombres, fue amargo estrado para el señor Suárez. Ante las

embestidas de la oposición, en gesto magnánimo y oportuno, declinó el cargo. Con ello ganaron las letras colombianas porque su obra posterior es inmensa y, quizás, también ganó la patria en el orden administrativo. Abandonado por todos, rodeó su soledad de personajes imaginarios y con ellos realizó ese diálogo admirable de sus "Sueños". Por tratativo. Abandonado por todos, rodeó su soledad de personajes imaginarios perduran hoy con más viveza y objetividad, que muchos de los personajes de carne y hueso que a través de sus artículos padecieron su ataque o recibieron su elogio.

Los "Sueños" son la más palpable demostración de los conocimientos del Sr. Suárez. Lo divino y lo humano, la historia y la leyenda, las ciencias y las artes, la moral y la filosofía, lo folklórico y lo ecuménico, la política y la economía, los pueblos y los hombres, la gramática y la literatura, la patria y la religión, todo está ahí, tratado con maestría, con precisión casi absurda por lo desusada en un medio epidérmico como el nuestro. Los "Sueños" son una suma de cultura de que Colombia puede enorgullecerse y que perdurará en la vida intelectual nuestra de manera irrevocable. Allí está demostrada la versatilidad de su estilo, desde el severo y alto para tratar los temas doctrinales, hasta el leve y juguetón que empleaba en sus ataques. Manejó la ironía con habilidad. Traginé el diálogo con pericia de maestro. En los "Sueños" aparece el político, el lingüista, el biógrafo, el costumbrista, el luchador, el místico, el patriota. Espíritu atormentado, orgulloso en apariencia, sujeto de encontrados y muy fuertes impulsos, todo lo torcido que pudiera embargarlo, era cubierto por la inmensa caridad cristiana que al final amparaba todas sus ideas y todos sus prospectos. Su lenguaje es de una riqueza sintáctica y de léxico poco común. Era un escritor castizo, pero no se encastilló en las normas académicas y antes bien buceó y atomizó muchos provincialismos colombianos para descubrir y defender su origen limpiamente hispano. La frase dilatada y rotunda, la prosa serena y elegante, buído el concepto, tensa e intensa la penetración en el asunto, claridad diamantina, sentido de la proporción y la unidad, armonía y sencillez, propiedad y pureza idiomática: "Su lenguaje —dijo alguno— era de una perfección desesperante".

A cien años de distancia, desde el día de su nacimiento, la humilde choza donde nació aún permanece en pie, cuando muchas casas que testimoniaban algún hecho trascendente de la vida nacional se han ido al suelo por obra de la pica demoledora del progreso. Y ahí permanecerá, limpia y noble, como la obra y la memoria del insigne colombiano viven y perduran en el corazón y en la inteligencia de la patria.

× × ×

Pero miremos el anverso del ilustre medallón. Desde Bello, enclavado en un remanso del Valle del Aburrá y cercado de enhiestos farallones, viajemos hasta Concordia prendida al lomo de la cordillera por arte de magia. Allí encontramos a Antonio José Restrepo. "Cuando los ojos abría a la luz de la razón, era yo uno de los muchachitos menos aficionados a ir a la escuela, a frecuentar la iglesia del pueblo, ni a arrodillarme a oír misa, mas antes huía de estos lugares y repugna-

ba aquella postura, prefiriendo hacer novillos o capar, como decíamos allá, que si no es tan pulcro parece que expresa la misma operación...” A Medellín y a Bogotá fue a dar —a regañadientes— el arisco concordiniano. Y en los ratos que le dejó su vida bohemia y fachendosa, estudió derecho y se hizo todo un señor abogado, con más garra demagógica que arrestos leguleyos.

En asocio de otros virulentos compañeros de claustro lanzó la candidatura de Nuñez a la presidencia de la república. El viraje —mejor el acoplamiento— que Nuñez diera en el gobierno, fue causa para que Restrepo se lamentara por vida de aquella postulación. Este acto inicial de su vida pública, que él consideró un error fundamental, influyó decisivamente en su conducta posterior. Desde entonces se hizo violento, incisivo, y tremendo en la diatriba, furioso en el ataque, inmisericorde en la lidia banderiza. Y se fabricó para estímulo de sus empeños dos odios indeclinables, los cuales confundió y mezcló con tozuda intrepidez. Esos odios fueron la Iglesia y todo lo que con ella tuviera alguna relación y Nuñez y todos los colombianos que a Restrepo le parecieran séquito del Pensador de **El Cabrero**. Sobre esos dos temas machacó toda su vida con pertinacia digna de mejor empeño y su obsesión política siempre concluía en aquellos objetivos, no importa que los medios utilizados fueran contraindicados: un poema, una recapitulación folklórica, un homenaje póstumo, una epístola familiar, un ensayo literario. Había llegado Restrepo a la vida pública en una época tremenda de la vida colombiana. La lucha entre los partidos era recia; la tribuna y la espada eran armas que se usaban simultáneamente en el combate; el ambiente era fragoroso y los conflictos de la mente y del corazón irreconciliables. En verdad, para vivir en tal época, los colombianos tenían que obrar como obró Antonio José Restrepo. Su error político fue pensar que Colombia, después de 1880, era la misma de antes. El fue, en este siglo, un sobreviviente de aquella edad, felizmente desplazada. Por eso sus conceptos ideológicos han disonado siempre, son desuetos testimonios de una etapa clausurada ya en la vida política colombiana. Por ello, también, aquellos dramáticos encuentros suyos, aquellos choques aguerridos que tuvo con sus copartidarios más conspicuos. Por ello esas posiciones quijotescas que lo redimen de su bandería irrevocable. Por ello sus contradicciones en muchas oportunidades: recordemos aquella de 1908 votando la pena de muerte para los delitos políticos y aquella en 1925 desaprobando la pena de muerte para los crímenes atroces. Por ello su jacobinismo a ultranza, su estructura plasmada en la Enciclopedia, su radicalismo en todo, en filosofía y en política, en sus odios y en sus amores, en sus empeños y en sus fracasos, aún en su estilo —paradójicamente reaccionario— que es el testimonio más auténtico del habla castellana de Cervantes y la picaresca, en Colombia.

Restrepo, al revés de Suárez que apenas poseía con derecho el apellido de su madre, tenía conocidas e ilustres raíces hispanas en su raza. Su aristocracia se revela en sus ademanes, que no se pudieron perder en el ajetre y contacto campesinos, y se demuestra en su silueta: “corva la nariz como pico de gerifalte, cetrino y aceitunando el color de la cutis, ancho de espaldas, gallardo de apostura, la pupila so-

carrona y el acento de jativo". Llevó con gallardía y propiedad, con amor e inteligencia, la representación de Colombia en muchas naciones y en muchos Congresos internacionales. Sus servicios a la patria por este aspecto son inolvidables, como lo son su intervención en el final de la guerra de los mil días y sus actividades conciliadoras durante el gobierno del general Reyes.

Como sus mayores, quiso apegarse a la tierra en manera directa y en la industria minera fue infatigable pionero. Amó esta profesión de la minería de modo entrañable. Quizá por lo de azar y aventura que significa. Más ningún éxito pecuniario obtuvo de todos sus esfuerzos, de sus fatigas constantes, de sus mortificaciones sin pausa. De esa su actividad en muchas ocasiones, sólo queda como admirable testimonio, la suma de sus alegatos, en pleitos de resonancia nacional. En ellos, a más de la hondura jurídica, a más de la sagacidad para la hermenéutica, florecen admirables estudios literarios, labrados en ese estilo suyo, pleno de tesoros de gracia, rotundo de armonía y flexibilidad, robustecido por el nervio satírico, de inclemente causticidad, tajante y destructor.

No pudo extraer de sus empresas mineras el metal precioso con que quería asegurar su tremenda independencia ideológica. Pero allí consiguió algo más precioso para la cultura colombiana. Al vago resplandor de los candiles leyó y aprehendió toda la literatura española del siglo de oro y los escritores franceses de la Revolución. Y con ellos integró su acervo mental y experimentó su pluma maravillosa. De ahí extrajo, mejorándolo y avivándolo, aclimatándolo y robusteciéndolo, ese saleroso lenguaje suyo, esa incisiva dialéctica, esa posición de gladiador, esa acometida sin compasión, esa pasión combativa, esa sátira casi inhumana, ese razonar absolutista, esa causticidad perfecta que alumbró su vida de escritor indeficientemente, y que tuvo su maravillosa culminación en el célebre debate de la pena de muerte en 1925, enfrentado a otro gran capitán de las letras. Aquel debate, por sí sólo, salvaría el prestigio del parlamento colombiano. Muchas grandezas y miserias pueden escribirse respecto al congreso de la patria, pero para la historia de la vida civil de la república, aquél debate es digno del marco de la inmortalidad.

Y otro fruto admirable de aquel empeño frustrado de la minería: su contacto cordial con el pueblo, la participación en las jaranas de los trabajadores, su sencilla y fecunda convivencia con todos, que le abrió el manantial noble, dicharachero, diáfano y fecundo del decir campesino. Y de allí surgió su "Cancionero", síntesis vigorosa y rotunda de la raza antioqueña en su más pura y original frescura. "El folklore, adereza allí su germinación, bajo el patronato de un experto genealogista que devanó los hilos de esa trama colectiva que se llama el corazón de un pueblo". Su "Cancionero" es un auténtico monumento de esta raza, sincera hasta la rudeza, áspera como la topografía de su suelo, corajuda y alegre.

Si alguien pudiera cotejarse con Restrepo, sin duda ese alguien sería don Juan Montalvo. Como él, hizo de la prosa una llanura manchega para luchar sin piedad en favor de sus amigos y en desfavor de sus enemigos. Como él, la filosofía materialista, la negación furibunda,

la acometida sin reflexión, son de toda su complacencia. Como él, el moho de las ideas, pasadas de moda y siempre radicales, se cubre hasta la muerte con un ropaje de galanura literaria exquisito. Como él, Cervantes y la picaresca española son las aficiones literarias más apreciadas. Como él, la Iglesia y Núñez (léase García Moreno) fueron pábulo y ocasión de todas sus pasiones. Y como él amó a la patria con entrañable voluntad de servicio, muchas veces equivocado, pero siempre sincero.

“Hoy venimos, henchido el pecho del noble entusiasmo de la gloria, a llamar en la fosa donde reclinó su cabeza un hombre ilustre. Venimos a honrar su memoria, si es que tanto merecemos, en el primer centenario de su natalicio: a regar, junto con el llanto de nuestra gratitud, algunas siemprevivas en su sepulcro”. Esto decía Antonio José Restrepo en homenaje de don Miguel Uribe Restrepo, el 19 de junio de 1892. Repitámoslo ahora en honor suyo.

× × ×

“Este servidor de vosotros nació, ha más de once lustros, sin que hubiera anunciado el acontecimiento ningún signo misterioso ni en el cielo ni en la tierra. Fue ello en Santo Domingo, un poblachón encaramado en los riscos de Antioquia. Según unos se parece a un nido de águila, según otros a un taburete. Opto por el asiento. En todo caso es un pueblo de tres efes, como dicen allá mismo: feo, frío, faldudo”. Esto lo decía, en 1914, de sí mismo, Tomás Carrasquilla. Pero habría podido decirlo igualmente Francisco de Paula Rendón, compañero de siempre del grande novelista antioqueño.

En este viaje memorativo hemos pasado de la hondura conceptual de Suárez a la mefistofélica agudeza de Antonio José Restrepo. Descendamos, sin embargo, un tanto en el nivel intelectual —aunque tengamos que ascender en altura sobre el nivel del mar—, con el propósito de llegar hasta la cordial y tranquila, la serena y austera población de Santo Domingo, en busca del último eslabón de esta aventura del recuerdo. Y con Rendón hagamos a Medellín un breve viaje con propósito de estudio. Viaje perdido para los deseos de la familia del protagonista de este verídico recuento. Perdido porque Rendón vino a Medellín en mala compañía, si el estudiante quería serlo de veras. Tomás Carrasquilla era su compañero y su paisano. Y juntos perdieron mucho tiempo en aventurillas amorosas, en sospechosas lecturas de autores foráneos, en tertulias más espirituosas que espirituales. Pero al lado de aquel señor de las letras, Rendón conoció su vocación y se salvó para la inteligencia. Su error fue regresar a Santo Domingo y no seguir a Carrasquilla en sus andadas por Bogotá.

En su pueblo se hizo notario. Lo fue hasta la muerte. Un oficio, quizá el único, que dentro de la burocracia oficial es compatible con lo intelectual. Un empleo público que a más de cierta vergonzosa enfermedad, produce en su titular irresistibles deseos de leer. El permanecer sentado produce lo primero; la holganza del encargo, más en un pueblo minúsculo como lo era Santo Domingo, fructifica en lo segundo.

Así surgió el maravilloso cuentista que es Rendón. Los cuadros de costumbres los tenía casi a domicilio: bastaba asomarse a la puerta de su despacho. Las ideas afloraban de su inteligencia clara. Los temas de sus obras aparecían tensos en su imaginación. Poseía un sentido del humor, grato y suave. Describía con habilidad de pintor los rasgos precisos, el ambiente exacto, los caracteres apropiados, los matices discretos. Los ingredientes de sus cuentos y novelas son magníficos, saturados de ímpetu, de colorido, de realismo. La trama corre fácil, sin esguinces ni tropiezos, sin forcejeos ni artimañas. El diálogo correcto, fluido, ágil. Una leve corriente lírica afluye moderada a través de las descripciones.

Carlos E. Restrepo, el sagaz, el inteligente, el severo ex-presidente colombiano, dijo de alguna novela de Rendón lo siguiente, que puede aplicarse a toda su obra: "Resumo la impresión que la novela me ha causado, diciéndote que la he saboreado con deleite, que es amena en el narrar y elegante en el decir; y que a mi juicio, sus méritos —que son numerosos y sobresalientes— proceden de que supiste explotar dos veneros que son inagotables para el arte: el corazón humano, que es uno en todas partes; y los materiales aborígenes, que son los que has podido conocer y trabajar mejor: con ellos has hecho la obra más franca, más atrevidamente antioqueña que conozco".

La obra de Francisco de Paula Rendón es modesta en cantidad y de tono menor en la calidad, si la comparamos con la de Suárez y Restrepo, pero este "gracioso y popular ingenio" como lo llamara Gómez Restrepo, pertenece al patrimonio cultural de Antioquia por derecho propio, bien ganado y justamente reconocido.

× × ×

Y aquí concluye este itinerario maravilloso realizado a través de una trinidad de hombres que en este año de 1955 cumple cien años desde el día de su nacimiento. Muchos factores de su vida y de su obra los separan, los diversifican, los insularizan, a unos frente a otros. Pero un común denominador reúne sus privilegiados espíritus: la antioqueñidad, que no es hosco ni cerrero regionalismo, sino afirmación y orgullo por los valores de una raza a la cual dedicaron ellos estudios, ensayos y crónicas de validez permanente.